





PAUSA N.º 5 (VALPA) 2005 p. 60

La estúpida velocidad de las cosas

Álvaro Bhamu

Cuando pienso en Claudio Bertoni pienso en un sobreviviente. Un sobreviviente de la poesía, la Historia, el rhythm & blues, la soledad, el erotismo, la melancolía. Un sobreviviente de sí mismo. Bertoni (1946) es poeta, artista visual, fotógrafo. Algunas veces, también fue músico del mismo modo que, algunas veces, cree, fue muy feliz o muy desdichado, no sé. Con Bertoni nunca se sabe. Mientras más viejo se pone, se vuelve más minimal, escribe de manera más sencilla del mismo modo que fotografía de modo más azaroso.

En alguna parte el mismo dice que ni siquiera mira por el visor de la cámara mientras toma fotos, que se lleva el aparato a la altura del estómago y desde ahí dispara. Todo lo demás es azar. Puede ser. Las fotos de Bertoni —esas imágenes de mujeres sacadas al pasar en la calle, casi accidentales o iluminadas— son igual que su escritura, sobre todo la más reciente, que va desde jóvenes, buenas mozas, pasando por *Hawabiri* (ganador del Premio del Consejo del Libro y la Lectura versión 2005 como mejor libro editado en poesía) hasta el presente. No faltaba más. O sea, obras cuyo intento es componer desde la trivialidad un discurso de la trascendencia. Me explico: Bertoni parece a ratos una especie de musicólogo secreto, un santón místico hippie, un beatnik zen o un pornógrafo consumado. Y tal vez es esas cuatro cosas a la vez y su gracia es que al lector se le confunden.

No faltaba más es la prueba. Puede funcionar como el texto más cotidiano de Bertoni y al mismo tiempo es una suma perfecta de sus obsesiones. La razón: después de escribir agotadoramente sobre el tema del dolor en *Hawabiri*, la presente entrega intenta formular un balance de su sistema —ocaso político, acaso vital— esq alibiendo las cosas. Aparecen así el erotismo, las miserias cotidianas y los reflejos de una realidad que puede ser confusa pero que es —para este Bertoni— absolutamente feliz y feliz, iluminada. “Una misión cualquiera da un sentido a tu vida. ¿Cuidar el taladro eléctrico del maestro Juan por ejemplo”, anota.

Destilan de este modo la obsesión por las bolitas (“los cultos tan bien hechos/las tetas tan bien hechas/las guantitas tan bien hechas/los cuellitos tan bien hechos/las boquitas tan bien hechas/ ¡micositas tan bien hechas!” en *Lord have Mercy*), las proezas anatómicas contadas con un tono obscuro que no puede dejar de ser tierno (“sacamos los colchones al jardín/sacudimos las fajas/echamos tanax en polvo/en los colchones y el sombrero/añadimos de sábanas/y después que hicimos la cama/se tendió con el vestido en la cintura/tomando el sol sin calzones/leyendo a Sofocles con las piernas abiertas/mientras yo le miraba/el cordelito blanco del tumbaxi colgando fuera”), y los miedos idiotas de una vida cotidiana (“perro culiao/me hizo cambiando vereda”, “me encontré con la Mariana/en la verdulería/y como a mirarme/en el espejo a ver/ con qué cara andaba/cuando me vio”).

Además, en *No faltaba más* Bertoni recupera una de sus viejas obsesiones: la música. La parte central del libro son poemas que funcionan como anotaciones de la banda sonora que retumba en su cabeza, arbitraria y absolutamente genial. Leemos así en poemas cortos, destellos precisos que acompañan la música mental del hablante: “para mí es un poquitito demasiado asquerosamente light/ la Norah Jones”, “es un pobre infeliz” (Michael Jackson), “muñido de pompichicatero que era” (Jimmy Hendrix). No está mal. El lector contempla con eso un texto donde el habla coloquial deja de irritar una “poesía mal dicha” para simplemente ejecutar una celebración de la vida: “Ayer cuando bajé a comprar/estaba tocando Cold Sweet/en un departamento del primer piso/me dio tanto gusto saber/que había un vecinito al que le gustaba tanto Brown/que me puso a bailar/ ahí mismo en el pasillo/Ojo al chiqui/ eso sí/por si alguien abría la puertita venía por la escalera” (Cold Sweet).

A partir de textos como el anterior, *No faltaba más* puede ser leído desde dos formas. La primera, como una especie de diario de vida disfuncional, un episodio más en el proyecto mayor que su autor viene contruyendo como un “work in progress” desde hace años. Por otro, como un manual de filosofía menor. Also sprach Zarathustra, el poema que cierra el libro, dice sólo eso: habla Zarathustra, en alemán. Bertoni cita con eso a Nietzsche y su héroe, aquel filósofo que baja de la montaña para enseñar la verdad a quienes estudia. El motivo en el libro no baja de ninguna parte, sigue estando donde ha estado desde hace tiempo. Va de la playa al centro, de la cama a la calle y dicta sus enseñanzas que no enseñan nada, esos poemas que hacen de *No faltaba más* un texto conmovedor e iluminado, una estúpida y hermosa, feliz y su nostalgia de la casa, la urgencia del presente, las canciones body y la velocidad estúpida de las cosas.

La estúpida velocidad de las cosas [artículo] Alvaro Bisama

Libros y documentos

AUTORÍA

Bisama, Alvaro

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La estúpida velocidad de las cosas [artículo] Alvaro Bisama

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile